

A.D.N.

Posado sobre los azulejos verdes del baño, centímetros arriba del toallero, encuentro un mosquito. Rebotante de sangre, a punto de estallar. Reconozco a un predador en reposo cuando lo veo. Lo noto frágil, como una víbora que deglute a su víctima y queda tiesa. Hago viento con la mano, pero no logro moverlo: está bien afirmado al esmalte brillante del azulejo.

Podría matarlo. No se necesita mucha destreza. No es una mosca inquieta deslizándose por los platos sucios o una cucaracha habilidosa que se cuele por una alcantarilla.

Soy más poderoso que él.

Calculo en demasía el impacto. Dudo en pegar un golpe seco con la palma de la mano, dar una cachetada con la punta de los dedos o estamparle el antebrazo.

Él sigue ahí, sintiéndose a salvo. Hace un movimiento mínimo. Quizá está riéndose de mí, del hombre a quien picó cuando dormía y detuvo los ronquidos con su insaciable extracción.

Estoy dispuesto a aplastarlo, a convertirlo en una mancha roja con bordes negros. Y a dejar que se seque para avivar el recuerdo cada vez que vaya al baño. Hasta que con una limpieza a fondo sea removido y su historia desaparezca.

Cuando estoy por dar el golpe, entiendo que dentro de esa estructura mínima está mi A.D.N. Ese mosquito es un portador sano de toda mi estructura genética. Vuela con mi humanidad a cuestas y la pone en peligro.

Quedo aterrado. Tengo que sentarme en el borde de la bañera y respirar hondo. Siento el mismo nivel de indignación que cuando alguna empresa a la que jamás autorice para que tuviera mi número de teléfono me llama imprevistamente: una clara violación a la privacidad.

Increíble. Triste más que increíble. La impunidad hecha insecto. ¿Y si no sólo fuera la estructura genética? ¿Y si portara además de mi tendencia asmática, mi nariz puntuda y el color marrón de mis ojos, rasgos de mi personalidad?

Tengo miedo que desaparezca en cualquier momento, con parte del alma que cultivé toda mi vida.

Sosteniéndose vertical, paralelo a la ducha, el A.D.N. descansa. Fuera de mí. En la panza de un mosquito que parece una carreta.

En esa sangre hay un niño que no quiere entrar al cine por miedo a que Dumbo salga por la pantalla invadiendo la sala, aquel que robó una lata de paté de un supermercado, las noches perdidas buscando respuestas en Internet, el suicida dialéctico, los cientos de libros leídos con sus respectivas letras, la heladera despojada, la promesa de no decir te amo cuando no te ama, el inconsciente con la suma de todos los insomnios, el decirle a una babosa “caracol que perdió su casa”, el fanatismo por la bañera, lo lúdico desde el casino hasta jugar a la casita robada, el tirarse al pasto como proyecto de soledad absoluta, los álbumes de figuritas, las ganas de comerse al mundo y la anarquía autodestructiva.

El riesgo máximo es que hubiera picado en paralelo a otro, y el vientre —¿debería decir vientre?— fuera una especie de sopa desoxiribonucleica, un Frankenstein en potencia pululando por ser vida.

Sigo en el borde de la bañera, mirándote fijo A.D.N. Me duele bastante la cintura y un poco las rodillas. Aparece el perro y suma otro probable factor sanguíneo. Me acerco a la oreja y le pregunto “¿te picó?”. Sin prestarme demasiada atención me lengüetea la cara.

Dentro del mosquito, hay un potencial monstruo. Y no creo que el código genético sea tan austero, ni que las pequeñas agujas que salen de la cara de un mosquito puedan sintetizarlo y despojarlo de todo contenido personal, como a un jugo de manzana.

Tomo la decisión de congelarlo. La heladera está a pocos metros del baño, con un simple frasco de mermelada vacío, suficiente: es cuestión de acercarlo con delicadeza, lograr que entre y listo, al freezer.

Soy muy inútil.

La inercia con la que moví el frasco provocó un golpe de aire que hizo que el mosquito por fin vuele. Lento, con la parsimonia de un caracol, pero estable. Pongo el frasco en posición e imagino una nave que tiene que acoplarse a la estación espacial. No lo logro: el insecto escapa y pienso instantáneamente por qué no mueren más astronautas.

Cuando quiero hacer un segundo intento, el perro salta y engulle al mosquito. Lo saborea para luego tragárselo, bate la cola y mira al imbécil con un frasco en la mano.

NICOLÁS BARRASA
nicolasbarrasa@gmail.com



WASSILY KANDINSKY, ruso, nacionalizado francés (1866-1944).
Improvisación soñada (1913).

AMOR CONSTANTE MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Cerrar podrá mis ojos la postrera
Sombra que me llevare el blanco día,
Y podrá desatar esta alma mía
Hora a su afán ansioso lisonjera;

Mas no de esotra parte en la ribera
Dejará la memoria, en donde ardía;
Nadar sabe mi llama la agua fría,
Y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,
Venas que humor a tanto fuego han dado,
Médulas que han gloriosamente ardido,

Su cuerpo dejarán, no su cuidado;
Serán ceniza, mas tendrá sentido;
Polvo serán, mas polvo enamorado.

QUEVEDO (Francisco de Quevedo Villegas), español (1580-1645).

BRIZNAS DE CHATARRA

Ni siquiera en un galpón.
Mucho menos bajo un alero.
Quedó a una distancia prudencial
de las casas (en plural y sólo una).
Allí donde se detuvo.
O hasta donde lo empujaron.

Que la osamenta del auto
desvencijado, raído,
fuera la madriguera intuida
por la tibieza de los huevos
es
apenas
un punto en la sutura
que pretende cerrar la herida del mundo.

Y sin embargo,
sana.

NANCY MANOLI
manolinancy67@yahoo.com.ar

Molinos de viento

Boletín de Artes y Letras
Año 1 - Nº 1 - Enero 2019

Publicación sin fines de lucro - Distribución gratuita
San Carlos 1520 - Santos Lugares - osmarbondoni@yahoo.com.ar

Director: **Osmar Luis Bondoni**

Y SE CASÓ NOMÁS LA ABUELA

Y se casó nomás la abuela
con su vestido de tul apollado,
un ramito reseco de rosas rococó
y guantes hasta el codo.
Se casó sin enagua, de mañana,
con un cielo nublado
justo en el otoño que le correspondía,
es la mejor estación, siempre decía,
y la mejor luz, la que lastima menos.
Se casó en la plaza de su barrio
a la sombra del árbol con su placa de bronce,
en la calesita y montada en un caballo verde,
sin sortija.
Se casó por fin la abuela. Qué espectáculo.
Los feriantes perdieron a su público
y los niños se quedaron sin hamacas.
Corrieron a verla los desocupados y los otros,
los cartoneros, las amas de casa...
El aire se llenó de gritos y de cantos,
de gorriones viejos, de palomas rechonchas,
de chusmerío de cotorras.
El viejo carrousel le dio setenta vueltas
con canciones de Yuya y de Madonna.
Se casó la abuela, tal y como estaba,
el pelo bicolor de no teñirse. Y sin lentes
para no ver nada más que lo justo.
Con un perfume extinto de maderas de Oriente
se despintó las uñas.
No quiso usar corpiño ni bombacha,
el tul le despertaba con cosquillas la piel
desamparada y libre.
No hubo cura ni campana ni altar.
La bendijo una de sus hijas, la otra lagrimeaba,
mientras sus nietos cantaban "Manuelita".
(La plaza repleta de pájaros y gentes,
tuvo un palco especial para los hombres que amó
y no la amaron. Para los otros muchos,
para todos los hombres de su vida.)

No se casó de blanco, para qué.
Sobre el carrousel flameaba un camisón de raso
y otro de franela.
Una pancarta a modo de invitación decía:
"Vengan a mí las solitarias, las solteras,
las mal acompañadas de tristeza,
las que se preguntan por qué todos los días.
Vengan a mí las viejas con sus ganas..."

Abundó el vino desde muy temprano.
Se acentuó el asombro y no se extinguió el prejuicio
pero casi.

Fue la primera vez.

Los diarios del barrio publicaron
su foto, en canas y a caballo,
con su largo tul gastado y a destiempo
después de dar el sí en el altoparlante.

Se casó la abuela, sí, pero sin novio.
Se cansó de esperar y arrodillarse al lado de la cama,
de rezar a oscuras y al sol por un milagro.
Se miró de pronto,
vio que su mejor par era ella misma.
Su hechura de retazos al crochet
unidos a fuerza de años y paciencia.
Por eso un día se buscó,
se aceptó como pudo,
se regaló el anillo que alcanzó a comprar con la jubilación
y toda su esperanza actualizada.
No quiso medias ni ligas ni zapatos, nada que la apretara.
Dijo: "Voy desnuda, así me quiero más."

Se reía la abuela. Estaba deslumbrante.
Una larga fila de borrachos la paseó
en un cortejo desprolijo
mientras la aplaudían a rabiar
hasta los vigilantes.

MARTHA VALIENTE
puertopegaso@gmail.com

MEMORIA

Soy, un supuesto en el tiempo.
Existo.
Soy, olvido.
Gota que marcó la roca y la define.
Silencio en un rumor que se mantiene vivo,
en el sigilo de un gesto,
de una mirada, un acento,
una mueca.
Soy el presunto aliento en la frente,
de un beso a un recién parido.
Soy la alegría que se vislumbra sin disciplina
y la tristeza que arremete sin reservas.
He existido.
Existo.
Acecho.

RICARDO ALDAO
santiagoaldo@gmail.com

*Hasta que las canta el pueblo
las coplas, coplas no son,
y cuando el pueblo las canta
ya nadie sabe el autor.*

ANTONIO MACHADO, español
(1875-1939)

*Quiero que ruede mi copla
cuando ya no ruede yo,
abrojo que nadie sepa
ni dónde se le prendió.*

ATAHUALPA YUPANQUI, argentino
(1908-1992)

CUANDO ELLA

cuando ella abre los ojos las horas despiertan
respiran como matas de hierba al amanecer
como pájaron en la mañana del día siguiente
cuando ella extiende sus brazos la máscara cesa
el olvido cesa las orugas reinician su marcha
cuando ella vuelve a nadar en el agua dormida
la tierra entrega sus llaves sus momentos propicios
su amapola de maíz
una lluvia de azufre una bandera en llamas
cuando ella mira a lo lejos
se disuelven las sombras y el nacimiento llega

EDGAR BAYLEY, argentino (1919-1990)

hermano
William
tienda de libros

Facebook: Hermano William
Instagram: @hermanowilliamlibros
Email: hermanowilliamlibros@gmail.com

Av. La Plata 3875
Santos Lugares
5293 3658

Y ya en la despedida, sugerimos:
Cuarteto para cuerdas N° 14, en Re menor, D. 810, "La muerte
y la doncella", de Franz Schubert.